

CARTAS
AL DIRECTOR

El engaño de Carmena

Ayer mi mujer recibió una llamada telefónica de Manuela Carmena. Con voz muy amable, naturalmente tuteando, le dijo que se presentaba otra vez a la Alcaldía de Madrid, que deseaba conocer su opinión y que le invitaba a un acto que iba a celebrarse unos días después. En una breve pausa mi mujer educadamente empezó a hablar, pero la señora Carmena continuaba su perorata, ante lo que se percató que se trataba de una cinta grabada con su voz.

Siempre he sido contrario a las prácticas comerciales que usan el teléfono, naturalmente tuteando, para vender productos o servicios. Me parecen un abuso que invaden nuestra esfera de intimidad y que no deberían ser permitidas. Que la exjueza Carmena utilice tales prácticas me resulta escandaloso. Admitiría el atenuante si la llamada la hubiera hecho una persona de su equipo, que se presentase en su nombre. Pero la llamada era con la voz de la alcaldesa, sin mediar explicación alguna, y jera una cinta grabada, con el sarcasmo de pedir la opinión del receptor. Además de engañosa, la práctica es degradante. ¿Así entiende la señora Carmena la relación entre representante y ciudadano en una democracia? Pero, además, ¿cómo ha conseguido el listado de teléfonos a los que se ha hecho llegar su voz grabada? ¿No nos hemos dado normas de protección de datos para preservar nuestra intimidad?

La conducta de Carmena merece un severo reproche. Debería pedir perdón y asegurar que no volverá a utilizar tal práctica por engañosa e indecorosa. El respeto a los ciudadanos debería ser un valor sagrado en una democracia.

JUGENIO NASARRE
MADRID

Horario chino

Logaría a la ministra de Trabajo que empezara las inspecciones de horarios por las tiendas chinas. Además de que estos negocios no tienen que pagar los mismos tributos que el resto, resulta que tampoco van a estar controlados en los horarios.

Está claro que no todos jugamos en las mismas cartas.

JAN DE ORBANEJA
MADRID

Podemos dirigir sus cartas y preguntas al Director por correo: C/Juan Ignacio Luca de Tena 7, 28027 Madrid, por fax: 91 320 33 56 o por correo electrónico: cartas@abc.es. ABC se reserva el derecho de extraer o reducir los textos de las

TRIBUNA ABIERTA

EL RETORNO DE LA CEDA

POR JOSÉ MANUEL
CUENCA TORIBIO

«La coriácea resistencia al declive por todas partes anunciado de la derecha tradicional entraña, conforme a plumas de índole progresista, la inminente aparición de un movimiento semejante al que protagonizase la CEDA»

A tono con el carácter paradójico que, según muchos definidores del ser histórico español informa numerosas de sus manifestaciones, la trascendencia de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) en la actualidad es más resaltada por sus adversarios que por sus simpatizantes. Así, de forma insistente circula por editoriales y crónicas periodísticas la tesis de encontrarnos a la fecha con una verdadera resurrección del partido conservador más nutrido de militantes que ninguna otra formación de su misma articulación e ideario registrada en los anales de nuestra historia. El meteórico ascenso de Ciudadanos y la coriácea resistencia al declive por todas partes anunciado de la derecha tradicional entrañan, conforme a plumas de índole progresista, la inminente aparición de un movimiento de configuración muy semejante al que protagonizase la CEDA en los días conturbados de la Segunda República. Su retorno, en el sentir de la gran mayoría de los sostenedores de tal opinión, ennegrecería aún más el horizonte de la política, aborrecido por la actividad de una derecha de incoercible proclividad autoritaria cuando no reaccionaria.

La posición del articulista se halla justamente en los antípodas, en particular en punto a su próxima resurrección. A casi un siglo de distancia de su corta trayectoria, la del catolicismo español de la hora presente convierte a aquella en mera amenaza fantasmal, esgrimida por espíritus alhacariantes prestos a enturbiar la convivencia de sus coetáneos con escritos y leyendas deturpadores de su inmediato ayer. Pues, en efecto, las estructuras y coordenadas del catolicismo hispano son hodiernamente casi por entero diferentes a las de la España de los años 30 de la centuria anterior. El «invierno» imperante hoy en su demografía, testimonio público de su credo, su presencia en los principales medios de comunicación y su vigencia en las más importantes proyecciones culturales descartan por completo cualquier intento de hegemonía social o recobro de una roborante salud, indispensables para la plasmación de un clima que hiciese de humus de un movimiento confesional comparable con el que encarnaran hace 80 años las aspiraciones políticas de la gran masa del catolicismo español.

Como se recordará, la CEDA ha tenido dos historiadores de solvencia. Uno, el llorado Javier Tusell y otro, el sobresaliente estasiólogo Montero Gibert; el primero inclinado al elogio mesurado, y el segundo más alabado a la crítica. Dada a la imprenta la mayor parte del corpus bibliográfico acerca de la CEDA en lo más alto de la ola progresista-marxista que dominara nuestra historiografía contemporánea en los comedios y postrimerías del novecientos, no resulta sorprendente la visión acerbamente negativa de la versión original y acaso más genuina de la democracia-cristiana española, representada por la formación que acaudilla-

se un líder en verdad excepcional: José María Gil Robles. Pura reacción, encubierto bonapartismo, totalitarismo light, dictadura demagógica, caudillismo populista..., de todas estas y otras muchas maneras de idéntico tenor se ha definido un partido moderno, al que sus dirigentes más descollantes pretendieron convertir en movimiento reformador de la arcaica vida española, sin más logro que poner al descubierto la contradicciones de su militancia y la ancha separación entre el aparato y la masa de maniobra.

Empero sin engolfarse en controversias propias de especialistas, cabe, en esta hora difícil de nuestra nación, recordar y enaltecer la actividad y militancia en la CEDA de las esferas populares y de las clases medias de mayor adhesión a su credo religioso tradicional, que acudieron a la llamada hecha por Ángel Herrera y los cuadros por él adiestrados, para crear un partido de identidad demócrata-cristiana y vocación centrada. Cuando en la decisiva tesitura en la que el resto de las grandes fuerzas del régimen ofrecieran un desolador



José María Gil Robles en Sevilla en 1935

ABC

déficit en la voluntad de concordia y confianza en las virtualidades del Sistema, la fe democrática de sus hombres y mujeres - numerosas y admirables... - se mantuvo intacta. Que una y otra se volatizaran en el trágico julio de 1936, no puede desmentir la autenticidad de la inserción y el compromiso de la CEDA con el rumbo de una República en cuyo desastroso final no le cupo - con empleo del rasero más exigente - mayor responsabilidad que la de los sectores que se arrogaron la custodia de sus esencias.

Tal es el balance histórico del movimiento o partido cuyo actualizado legado inquieta las noches de no pocos observadores y comentaristas de la vida pública española. Si así, desgraciadamente, fuese, no han de angustiarse en exceso. La adusta e insobornable Clío les disipará todas las pesadillas de ese género. Bastará que, morosamente, lean sin prisas ni anteojeras la publicística más acribiosa sobre la grave e importante cuestión. Sin excusa ni delación alguna, las páginas a ella dedicadas por J. Pabón en su inmarcesible y eterno Cambó.

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO ES ACADÉMICO
DE LA REAL ACADEMIA DE DOCTORES DE ESPAÑA